

Escenas de la vida filosófica

Hugo Abbati Ochoa

«La vida es el deseo y los problemas.»
En *Simple Men*, película de Hal Hartley

¿Adquirirá la Ilustración fama póstuma, digamos en trescientos o cuatrocientos años, cuando la tan temida racionalidad científico-técnica sea valorada retrospectivamente como algo, después de todo, no tan grave? ¿o se anulará toda distancia crítica de modo que ya no habrá un «pensar» que se piense a sí mismo? El futuro, sin duda, es incierto, lo que no impide que importantes sectores del ámbito cultural que definen el rico Occidente democrático hayan decretado la defunción de la otrora estimada modernidad. Se nos advierte una y otra vez (al menos a aquellos en disposición de ser advertidos) de la inminente catástrofe que acaecerá, o que ya está acaeciendo, al desleído sujeto que surgió en la Europa del siglo XVIII. Todo parece haber pasado ya, y estas ilusiones perdidas, sumadas a la vocación generalizada de finiquito, han generado, al menos, un inquietante vocablo: postismo. Entre las palabras que abrevan en este ingenio, es la así llamada posmodernidad la que mejor resume sus intenciones. Y puesto que cada época debe tomarse en serio los vocablos que la definen, lo que se insinuaba como una moda que rebasaba los reductos académicos para iluminar una(s) nueva(s) visión(es) sobre el mundo, forma ya parte de una habitual narrativa que, inevitablemente, habrá que señalar como posmoderna. La humildad del término, que incluye en sí mismo aquello que ha quedado atrás pero sin garantías de hegelianas superaciones, es engañosa. La abundante producción teórica al respecto y el dominio que esa producción ha logrado en campos tan diversos como, por citar, la teoría literaria y las ciencias empíricas (sí, también se habla de posciencia invocando fractales, teorías del caos y otros asuntos), han cuestionado la percepción del *corpus* epistemológico tradicional y sus consecuencias, esto es, su caducidad.

Frente a esta liquidación intelectual del pasado y un presente de exiguo futuro, el discurso ético, burgués y seguro de sí, construido alrededor de incólumes valores, ha cedido terreno al campo de la estética, una estética resbaladiza y aparentemente vacía de ideologías al uso que no hay que situar

demasiado lejos de cierta concepción del poder (curiosamente, no se habla de pospoder), habida cuenta de que, a diferencia de las teorías modernas y sus, dicen, obsoletas grandes narrativas, no se plantea ningún cambio significativo que permita sostener aquel viejo y querido término, emancipación, que creció bajo las luchas sociales que generó el naciente capitalismo y de las cuales, al menos en parte, se han beneficiado amplios sectores del Occidente desarrollado. La natural percepción trágica y a menudo teñida de premoniciones fatalistas de la producción intelectual de esta parte del mundo (como si el horror fuera una exclusividad de la época), ha pergeñado un entramado discursivo que, bajo el rótulo posmoderno, nos invita a deleitarnos sobre la cubierta del *Titanic* una vez comprobado que contra semejante *iceberg* nada es posible. Un *iceberg* proteico y omnipresente que ha adquirido las características de un capitalismo totalizador que ocupa espacios de poder que alcanzan la propia constitución de la conciencia contemporánea.

Aquí, uno de los vocablos importantes es contextualización, de modo que, ante el infortunio de una Razón que no garantiza la feliz marcha de la Historia, debemos devaluar esas grandes palabras con humildes minúsculas y dar cuenta de los hechos (cualesquiera hechos) partiendo de sus peculiarismos, sean estos de género, étnicos, culturales, etc. Así, en tanto lectores cultos, debemos familiarizarnos con palabras como pluralismo, minorías, fractura (que no articulación, vocablo de éxito absoluto en la década del setenta, que alcanzó hasta mediados de los ochenta, donde toda cosa era articulable o estaba por articularse; por lo que parece natural que ante tanta manipulación se haya terminado en fractura), diferencias (o *différance*, si uno lee en el francés de Jacques Derrida), discontinuidades, etc., y extraer de ello las consecuencias. No hay, entonces, texto sin contexto, asunto que hubiera fastidiado a Lévi-Strauss. Huérfanos, entonces, de un entramado teórico que fije pautas directivas de interpretación, se ha tornado prácticamente imposible buscar cobijo bajo el saber de algún gran nombre, incluyendo aquellos que, habiendo sospechado, se han tornado sospechosos: llámense Marx, Freud o Nietzsche, aunque éste último puede dar un poco más de juego, visto el modo en que los desiertos (particularmente del pensar) han ido creciendo últimamente. Y esto no es todo, ni siquiera se nos deja el consuelo de la renovación respetuosa que se popularizó bajo otro prefijo de éxito: neo; tuvimos así neokantianos, neomarxistas, neofreudianos, y hasta la estrella de la metodología científica que más sólida se presentaba, derivó en un así llamado neopositivismo. Y aquí otro dato curioso que, como diría Heidegger, da que pensar: nunca ha habido neonewtonianos, parece que Einstein impidió ese paso.

Como la Ciencia (con orgullosas mayúsculas y como si sólo hubiera una), mal que bien, va a su aire, mostrándose muy poco receptiva a las críticas que se le dirigen desde otros ámbitos, interesa, en particular, la incidencia que todo esto pueda tener en el campo de la teoría social y política, así como en el nunca claramente delimitado campo de la filosofía que, según algunos proclaman, ha llegado a su fin o, como mal menor, ha dado lugar a un término de prefijo peleón: antifilosofía. De modo que se propone, así como así, como casi sin querer la cosa, acabar con la tradición moderna en tanto proyecto de emancipación, puesto que, así parece decirse, nada se ha emancipado, y hasta el mismo término –emancipación– no es más que un constructo ilusorio que, como todos sabemos (pero Adorno y los frankfurtianos más) ha finiquitado con la ominosa rúbrica de Auschwitz, tumba definitiva de la Razón ilustrada. Es entonces cuando el *post* entra en escena: por ejemplo, definirse como posmarxista da un aura de estar un poco de vuelta de algo que fue importante pero que debemos dejar atrás, sin abandonar, sin embargo, los rastros del *corpus* teórico central: algo que condimenta pero que nunca sea la materia principal del plato, ya que la carta posmoderna nos abruma con sus sabores y diversidades.

Ya Max Weber, como es bien sabido, anunció el desencanto del mundo. La malhadada racionalidad dirigida a fines (*Zweckrationalität*), cuyo paradigma realizativo se encuentra en la ya nombrada racionalidad científico-técnica, no es más que la culminación de un proyecto que ha alcanzado un temible nivel de organización burocrática del mundo de la vida (*Lebenswelt*). Este último término era caro a Husserl quien, a pesar de ser el último de los grandes filósofos sistemáticos, no por ello dejó de advertir, en relación al dominio del pensar por las ciencias positivas, que «un mero mundo de hechos genera meros hombres de hechos» (frase que figura en la *Crisis de la ciencia europea*, cuyas primeras secciones se publicaron en el significativo año de 1936). De manera que la superación del mito y del pensamiento religioso a partir de la organización de la vida humana fundada en la perspectiva científica, con el nacimiento de la revolución industrial y el capitalismo, más la instauración de los modos democráticos, todo ello con el hombre en el centro de su destino, devino un fiasco (o un humanismo). O así se dice.

En el aún fresco pasado siglo fueron muchos (pero Heidegger más) los que remontan los males del asunto al mismísimo Platón y su vocación por las esencias trascendentales («toda metafísica, incluido su oponente, el positivismo, habla el lenguaje de Platón», dejó dicho el severo pensador

alemán), crucial punto de partida que deflacionó los avatares de los pobres mortales desde instancias ajenas a sus posibilidades (ya sea ver las ideas cara a cara, asumir el imperativo categórico, acceder al espíritu absoluto, efectuar una definitiva reducción fenomenológica, alcanzar lo indudablemente cartesiano y así). El asunto era la busca de certeza, encontrar una noción clara, bien diferenciada, del objeto del pensamiento que se correspondiera con el universo concebido como una idealidad, un orden, al fin, de tintes no humanos: «aspirar al absoluto pero no pretenderlo», dejó dicho Feuerbach. Se podrá decir que entre las cuestiones que la Ilustración forjó, se encuentra ese logro más a nuestra medida, vacío de dioses, que la ciencia nos depara: establecer certezas provisorias confiando en la propia razón, de modo que, a estas alturas, estamos en situación de curar enfermedades o destruir ciudades enteras, dos muestras representativas de cómo el mundo se inclina a nuestros pies.

¿Y el sujeto? Parece claro que hay un sujeto moderno, y que ese sujeto está abocado a su bancarrota, dicen. De lo que debemos inferir que lo que en verdad se encuentra en cuestión es la busca de la verdad (apodíctica, claro) y el modo en que este sujeto se plantea tal cuestión. Técnicamente, lo que estaría agonizante, si es que ya no ha muerto, es la llamada Metafísica de la Presencia, esa agarradera final que justificaría en última instancia nuestra propia condición, algo-allí-afuera que nos justifique. Mas parece que no hay presencia que trascienda la vida vivida, la constitución material del mundo. Un resumen moderno del asunto debiera considerar algunos pasos inevitables: por un lado, el giro cartesiano, con su subjetivación hacia objetos interiores dignos de indagación y su radicalización del cuadro al permitir el nacimiento del *subjectum* moderno (el famoso *cogito ergo sum* y su aspiración de evidencia primera), asunto que se continuará con el Yo no fenoménico kantiano, el conocimiento absoluto en Hegel, la voluntad de poder y el eterno retorno en Nietzsche y, para terminar, la fenomenología trascendental husserliana. Sobre todos estos monumentales pensadores planea la misma cuestión, sólo que con distintas conclusiones: desde una visión que valora la mera vida vivida como un paso previo a otra cosa más verdadera, más legítima, que estaría esperándonos en algún lugar de difícil acceso, se plantean superaciones (ya sean inmanentes o trascendentes: de nuevo el viejo Platón, mal que nos pese) que no parecen sencillas. La aparente excepción a estas inquietudes sería la ya mentada epistemología que funda las ciencias positivas y que se plantea representar el mundo «tal cual es», pero tirando de esta cuerda se juntarían, precisamente, la metafísica con el pensamiento técnico de fundamento obviamente

matemático, asunto heideggeriano por excelencia. Sin embargo, parece que ni siquiera nos hemos acercado demasiado a ese aspecto de nosotros mismos que, escapando de nuestras condiciones históricas, nos permitiría una conexión directa sobre lo incondicionado o, en el mejor de los casos, alcanzar la solución final desde una práctica que exigiría un *corpus* narrativo coherente y previsible, incluso en su imprevisión y apertura. De manera que ese ambicioso proyecto ilustrado que permitiría caracterizar el mundo como una totalidad para, *a posteriori*, encontrar la palanca (deseada por Arquímedes) que lo transformara de una vez y, de ser posible, para siempre, no ha funcionado. Sin embargo, ya Nietzsche había advertido que la verdad es un ejército de metáforas móviles, anunciando, sobre fines del siglo XIX, lo que luego habría de ser la estrella del firmamento filosófico: el lenguaje, entidad que terminaría por desplazar las ideas como objeto de reflexión, con la salvedad de que aquí el objeto de reflexión es la materia del reflexionar mismo. Asoma, una vez más, el temido relativismo, asunto que ya enfrentaba –otra vez– a Platón con los sofistas.

Las ideas permitieron la construcción de extensas narrativas totalizadoras que pretendían dar cuenta no sólo de lo ocurrido, sino de lo que habría de ocurrir. Obviamente, el suelo sobre el que todo esto se asentaba era la posibilidad de encontrar un símil de la metodología positivista de las ciencias físicas en el ámbito filosófico y asegurar, así, la esquivada certeza. La citada Ley moral en Kant, las controvertidas leyes de la Historia en Marx (aunque con matices dialécticos), y hasta la terminología freudiana de mecanismos y aparatos, dan cuenta de una apropiación de dicha terminología y de sus tentadoras promesas. La voluntad de objetividad parece alcanzar su cenit, según sus críticos, en la segunda mitad del pasado siglo (con dos guerras mundiales y la imparable expansión capitalista como colofón) y, una vez allí, la marcha triunfante pierde el rumbo. Una renovada cuestión ya planteada por el romanticismo se hace presente aquí: ¿cómo evitar la disolución del sujeto irrepetible frente a tanta uniformidad establecida? Incluso la epistemología parece resquebrajarse desde su propio centro, de modo que hasta algunos de sus brillantes exponentes, centrados en la cuestión del lenguaje desde una postura analítica con la misión de fundamentar la metodología científica, se les sublevan; vaya como ejemplo paradigmático el paso del Wittgenstein del *Tractatus* («de lo que no se puede hablar es mejor no decir nada») al Wittgenstein posterior y su afirmación de que el significado de una palabra es casi siempre su uso. O esa disolución de las jerarquías que expresa, por ejemplo, Richard Rorty, que apunta al discurso científico como una narrativa más, no más significativa que aquellas que generan